

## **La misericordia, actitud antropológica**

Silvio Marinelli / Director

Según la etimología, el concepto misericordia significa un “movimiento del corazón hacia la miseria ajena”. En esta perspectiva la misericordia – algunos autores hablan de “compasión” - parece una actitud consubstancial a la naturaleza humana.

Uno de los primeros datos más confiables que sustentan esta afirmación proviene de los neandertales. En los primeros vestigios de la presencia de seres humanos encontramos evidencias arqueológicas de la atención hacia individuos heridos, enfermos, discapacitados o ancianos, individuos que no hubieran sobrevivido sin la ayuda de sus compañeros.

Y, sin embargo, si la compasión parece constitutiva de lo humano, no es menos cierto que el egoísmo parece estar en el origen de los males de la humanidad provocando mucho sufrimiento. Cuando utilizamos el término «egoísmo» es posible pensar en distintos modos de amarse uno mismo. Hay un amor a sí mismo que es sano, natural. El precepto bíblico «amarás a tu prójimo como a ti mismo», implica que hay un modo de amarse uno mismo que es condición básica para amar al otro: uno se ama de verdad a sí mismo cuando se desea lo bueno. Sin embargo, hay otro egoísmo que todo lo centra en uno mismo, por encima y a veces en contra de todo lo demás, reduciendo a los demás a mera posesión o instrumento: el egoísta lo que desea es someter a sus caprichos e intereses. Para el egoísta no hay otros, sólo cuenta el propio yo. Ese es – tal vez - el problema del hombre moderno, individualista y solitario: se resiste a que nadie le diga lo que tiene que hacer, sólo quiere escucharse a sí mismo y mirarse a sí mismo.

En las últimas décadas, se han desarrollado estudios significativos e interesantes sobre las “neuronas espejo”. Estos estudios analizan una cierta clase de neuronas que se activan cuando un animal – también el ser humano - ejecuta una acción y cuando observa esa misma acción al ser ejecutada por otro individuo, especialmente un congénere. Las neuronas del individuo imitan como “reflejando” la acción de otro: así, el observador está él mismo realizando la acción del observado, de allí su nombre de “espejo”. En las neurociencias se supone que estas neuronas desempeñan una función importante dentro de las capacidades cognitivas ligadas a la vida social, tales como la empatía, entendida como la capacidad de ponerse en el lugar de otro y la imitación. Frente al sufrimiento ajeno se activan mis neuronas espejo y “siento” su dolor. De esta “sensación” se puede dar el paso a la ayuda solidaria. Algunos científicos consideran que la neurona espejo es uno de los descubrimientos más importantes de las neurociencias en las últimas décadas y que pone en tela de juicio la idea de que el ser humano sólo busca su interés particular y evitarse cualquier sufrimiento.

Podríamos afirmar que desde siempre el ser humano ha desarrollado formas de “misericordia” hacia sus congéneres y, ahora, se da un fundamento neurológico a esta actitud.

Desde un punto de vista más experiencial, podemos también afirmar que la misericordia surge y se afianza en el reconocimiento, aceptación e integración de mis heridas personales.

Si me defiendo de las experiencias negativas de la vida – removiéndolas, negándolas o racionalizándolas – no puedo ser libre de acercarme a quien vive en la experiencia del sufrimiento. Si no trabajo sobre mi “vulnerabilidad”, la visión de los signos del mal en el cuerpo, la psique o el espíritu del otro suscita en mí reacciones defensivas que limitan la eficacia de mi acercamiento, engendrando frialdad, deseo de alejamiento o formas de conmiseración. El tomar consciencia de mis heridas y el saber poner bálsamo sobre ellas me hace capaz de desarrollar actitudes de comprensión y misericordia.

La Revelación judeo-cristiana profundiza en el tema de la misericordia, ofreciendo nuevas perspectivas provenientes del hecho de que Dios mismo es misericordioso. Se trata indudablemente de una perspectiva teológica que abre escenarios diferentes y – tal vez – no suficientemente explorados.

Nelson Mandela estaba convencido de que “en el fondo del corazón de todos los seres humanos hay misericordia y generosidad”. Nadie nace odiando a otra persona por el color de su piel, su procedencia o su religión. “El odio se aprende”, repetía con insistencia. Y si es posible aprender a odiar, también es posible aprender a amar con misericordia.